

CARMENCITA

A ti me dirijo, pequeña de ojos ne-
ros y pelo rubio; tú eres estos días
centro de mis pensamientos, y tú no lo
sabes, ni sabes por qué. ¡Ojalá no lo
sabieses nunca!

La Moda en París

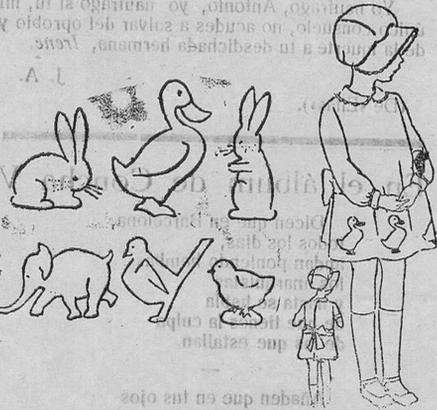
(Servicio del CONSORTIUM DE PRENSA)

París, Mayo 1933.

Con las lilas fragantes han llegado, por fin,
los días hermosos. El mes de mayo—mes de las
flores—da lugar a una nueva eclosión de vesti-
dos hermosos y lindos sombreros. El período
transitorio que denominamos primavera y que
desgraciadamente, en ciertas regiones, no es más
que una prolongación lenta del invierno, no auto-
riza siempre el uso de toaletas claras y ligeras, y
los sombreros de colores vivos, que no adquieren
su verdadera elegancia, sino cuando el sol res-
plandece, oponiéndose a las nubes y a las brum-
osas neblinas grises y melancólicas.

Las reuniones de Longchamp suelen atraer al
pesaje, no sólo a los jugadores que se creen po-
seedores del número de la suerte, sino también y
en gran cantidad a las señoras, curiosas de la
moda nueva y más preocupadas de lo que se lle-
va que de la «chance» del caballo favorito.

Predominan los volantes, los plisados, las pe-
lerinas de mangas cortas con vuelos y ahuecadas
encima o debajo del codo. Las combinaciones
de chaqueta de tres cuartos con trajecitos de la-
nilla las hemos visto mucho, adornadas con pi-
qué, con tela o con organdí, lo cual da a la silue-
ta un aspecto juvenil y seductor. Muy encanta-
dora ha resultado la moda de los largos y am-
plios pans flotantes para las toaletas de tarde y
de noche.



Vestido para niña, de lanilla blanca, adornado con
aplicaciones de animalitos. Los animalitos serán de co-
lores vivos y ribeteados con hilos que haga contraste
con los demás colores

Los trajes sastre se llevan claros, grises, cru-
dos, arena, grège o creta, alogrados por un bo-
nito echarpe de tonos vivos.

Para los vestidos ligeros resulta delicioso el
azul en sus diferentes matices, los verdes páli-
dos, los grises, los belges, y los tonos naturales,
que están en todo su apogeo.

Entre las telas más hermosas citaremos cier-
tas especialidades de lanillas, sederías pesadas,
aterciopelas, velludas mates o brillantes, estamp-
padas o lisas, crespón de China, organdí, muse-
lina de seda, crespónes lisos, estampados o la-
brados, y lanillas finísimas, ligeras como un en-
caje. Toda una sinfonía de colores encantadores,
suaves y brillantes, donde se mezcla la seda pu-
ra, la lana, la seda artificial, el algodón, el li-
no, etc....

Ultimamente hemos admirado en Longchamp
un hermoso modelo de gran elegancia, de cresp-
pón verde retño, cuyas mangas son hechas con
cuatro volantes. Completa este vestido una faja
de satén encerado negro anudada a un lado y que
cae en largas tiras o pans. Como sombrero una
capelina negra adornada con hojas verdes; guan-
tes negros.

He aquí otro modelo admirado en las carreras
de Longchamp. Se trata de un vestido de lanilla
fina gris, con cuadros blancos; lleva un cuello
pequeñito de piqué blanco y sombrero de piqué
blanco igualmente.

Hemos anotado un modelo de noche elegan-
tísimo, de organza blanca, estampado, con rami-
lletes de coral verde, azul y amarillo; las mangas
con doble vuelo, siendo uno de estos de organza
coral liso.

Aludimos a algunos nuevos accesorios de

la toaleta femenina, que siempre tienen un lugar
de preferencia en la moda, tales como las corba-
tas de seda escocesa o con puntitos, haciendo
juego con el sombrero confeccionado de la mis-
ma tela; zapatos y saco de piel de lagarto gris;
cuellos con plumas de gallos, y guantes adorna-
dos con las mismas plumas; corbatas y guantes
de piqué blanco. Los cuellos y los puñitos claros
asumen gran importancia en las colecciones de
verano. Hay también cuellos claudina y altos
cuellos rígidos que resultan de exquisita ele-
gancia.

Ahora, para la jovencita, una combinación de
lanilla encarnada compuesta de chaquetilla corta
y suelta, una pelerina y el vestido con falda ajus-
tada, que se lleva sobre un camisón de lino
blanco bordado con puntos de vivo color rojo.

A. D'ENERY

LAS CARTAS



Por múltiples causas de lo que llamamos pro-
greso moderno, hemos ido abandonando, día a
día, la noble y admirable costumbre de escribir
cartas, pues se cree suficientemente reempla-
zada esta interesante actividad social con el tele-
grama, el telefonema, la conferencia telefónica o
sencillamente con las lacónicas tarjetas de uso
corriente. Numerosas personas, mayormente las
señoras, sienten desagrado ante la idea de tener
que coger la pluma para hilvanar algunas frases,
que por señaladas circunstancias deben enviar a
parientes o amigos lejanos o próximos.

Preciso es que reaccionemos ante este hecho
ya generalizado y que pongamos algo de nuestro
espíritu a fin de restablecer una costumbre tan
fina, que no sin pena miramos desarraigarse en
nuestra época.

El objeto de una carta puede ser tan diferente
que no es posible establecer reglas categóricas;
debe imprimirse pues cada vez la característica
más oportuna, ya que la vida misma se encarga
de dar ocasiones numerosas para la relación epis-
tolar: nacimientos, bodas, fallecimientos, ascen-
sos en la carrera, éxitos en las diferentes activi-
dades humanas, viajes, cambio de residencia, y
muchas otras particularidades.

Además, debemos convencernos que no es
indispensable para escribir una carta contar de
antemano con algo extraordinario que comunicar,
pues la cultura y la fina tonalidad espiritual de
personas habituadas a la buena sociedad, da am-
plitudes siempre oportunas para la cordial charla
escrita cuando en verdad deseamos tenerla.

La carta debe escribirse correctamente a ma-
no, aunque hoy ya va introduciéndose la costum-
bre de escribirlas a máquina entre caballeros, só-
lo entre caballeros, pues en ningún caso éstos
deben, sin faltar a la buena cortesía, escribir a
una dama valiéndose del sistema mecánico. De
la calidad del papel que debemos usar solamente
diremos que sea bueno, y cuanto más sobrio ma-
yor será la elegancia.

¿Y el estilo? Largo podríamos escribir sobre
este particular y creemos lo más conveniente re-
dactar siempre con sencilla fluidez, claridad en
todas las expresiones, propiedad en el vocabula-
rio, corrección gramatical y sin pretensiones lite-
rarias que restan todo encanto a la buena corres-
pondencia.

Las cartas deben meditarse un momento
antes de comenzar a escribirlas, para no encontrar-
nos después precisados a volver sobre un asunto
ya comentado; por lo tanto debemos tratar los
diversos temas que nos interesa exponer o con-

sultar, con mucho orden, no muy largamente,
pero tampoco con excesivo laconismo. El tono
general de la prosa, el tratamiento y la despedida
deben ser siempre adecuados y en reciprocidad,
si se contesta una carta, conveniendo hacer al-
guna pequeña variante en cada ocasión.

El sobre que contendrá la carta debe ser ele-
gido de la misma calidad del papel en que se ha
escrito o un poco más fuerte, pues ya se ha ex-
tendido por todas partes la moda femenina de es-
cribir en un papel muy fino de seda, que nos pa-
rece de muy buen tono por su delicadeza y sua-
vidad, y en este caso es necesario usar un sobre
que tenga mayor cuerpo que el papel.

Para finalizar esta crónica diremos que feliz-
mente aún se conserva la costumbre antigua de
usar el lacre y sellar con el escudo o la cifra pro-
pia en el cierre del sobre.

MISS ANY



Vestido de noche, de organdí verde claro, forma prin-
cesa. Gran nudo de seda negra encorada, atrás.



Vestido de cortejo, en muselina de seda rosa, adornado
con bandas de alforcitas, bordeadas con fina puntilla.
Corrito haciendo juego.

REFRANES

Librería
Mahón

REFRANERO

Aludimos a algunos nuevos accesorios de

A MODO DE CUENTO  
**Secretos de mujer**

**De una hermana a su hermano**

Mi querido hermano: ¡Cuánto he vacilado antes de coger la pluma! ¡Cuántas veces llegué con el pensamiento hasta tu puerta y retrocedí sin atreverme a llamar para que abrieras!... No puedo resistir más, y esta vez, sobreponiéndome a toda vergüenza, rompiendo trabas y reparos de mi amor propio, va esta carta, acta de capitulación después de la derrota.

De toda mi catástrofe material y espiritual, sólo resistía desgarrándose en la última trincheira, mi orgullo, que me había impedido caer arrojado a los pies de papá. Pero si hoy no lo hago, no es porque el orgullo me lo impida, sino de miedo a que suceda lo más terrible que puede reservarme ya el infortunio! el salir de casa sin conseguir el perdón que anhelo como postrema y única ilusión de mi vida.

¿Crees, Antonio, que no merezco ese perdón? ¿Crees que no he penado lo bastante mi culpa de haberme casado con Jorge?... Yo confío en que vuestro castigo no llegará hasta ese límite, que sería, además de suplicio, afrenta reservada en este camino de amargura que vivo, sin que tenga fin.

Aguanté lo indecible hasta la primera confesión de mi error: llegaron a vosotros pruebas de que mi situación empeoraba, y callé. Pero, hoy, no. Hoy no puedo callar, ni por mí, ni por mis dos hijos. Unos días más y, desesperada, me creeré irremisiblemente perdida, porque ya muchas veces me falta la cabeza y enloquezco. Observa, pues, Antonio, en qué condiciones recorro a ti.

Acertó papá en todas sus predicciones sobre lo que sería mi marido, cuando se oponía a mi noviazgo; iba leyendo nuestro futuro, como si el ángel de los destinos le dictara las palabras. Ahora puedo ver con qué sabiduría y bondad procedía papá, al iluminar mi ruta con los faros de la experiencia y de la bondad. Ese hombre—me anunciaba—busca tu dinero. No se puede olvidar el pasado, sino cuando el presente acredita un firme propósito de enmienda. Jorge te promete regenerarse en el hogar, confiando en una virtud mágica, que es ineficaz cuando no va arraigada en nosotros. Que empiece a trabajar ahora, a vivir seriamente; que se cree una situación, que se muestre hombre, que acredite su voluntad y buen deseo, alejándose del mal.

Yo—tanto le quería a Jorge—le disculpaba, repitiendo en su defensa las mismas frases que a mí me decía y que, al oírse las a él, me parecían llenas de sinceridad.

—Verás en cuanto nos casemos —respondía yo—, Jorge hará lo que yo diga y tú le querrás, porque es bueno.

—Nunca; eso nunca—contestaba papá encolerizado—. Yo sé que no viene con buen fin, sino que sólo busca tu dinero para prolongar su vida de escándalo.

—¡Qué tristeza la mía, la víspera de la boda, cuando papá me entre-

gaba unos papeles y me decía con voz emocionada por el dolor!

—Eso te corresponde por parte de tu madre. De mí no esperes nada...

Jamás le vi ni más apenado ni más enérgico. Adivinaba mi calvario; me veía iniciar el viaje, ya sin remedio, a través de un mar de borrasca.

Tres meses bastaron para que conociera mi error. Una noche Jorge me envió un recado, diciéndome que no le esperase a cenar, pues tenía un compromiso con un amigo íntimo, a quien hacía muchos años que no había visto.

Nunca pude explicarme que un buen marido, a los tres meses de matrimonio, no pueda hacer partícipe a su mujer de las legítimas alegrías de una amistad que sea digna de tal hombre. Pero ésta, como tantas otras que luego descubrí en Jorge, no era honrada ni digna. Aquella noche sangré mi corazón y lloré como no había llorado desde que perdí a nuestra querida mamá; lloré porque mi felicidad tan reciente, forjada a fuerza de tantos cuidados y trabajos, olía a muerte. Jorge regresó borracho.

Luego, todo fueron tribulaciones soportadas con la esperanza de un arrepentimiento. Me engañó mil veces y le perdoné otras tantas. Me habló de negocios que proyectaba y dispuso del dinero.

Escucha esto: una mañana me presentaron el recibo de la casa. No tenía para abonarlo y entregué un cheque, a fin de que lo hicieran efectivo en el Banco. Poco después, el cobrador me devolvía el cheque, en cuyo respaldo decía: «Agotada la cuenta».

En año y medio había dilapidado el dinero que me entregó papá. ¡Qué horas de rabia, de vergüenza, de humillación y de miseria, desde entonces! ¡Y, que nunca había sabido lo que era esa aflicción, esta tortura de tener que vivir careciendo de medios para hacer frente a la vida!...

¿Cómo había caído en tal abismo?... ¿Cómo podía haber despreciado mi casa, donde nada me faltaba, donde todo era abundancia, para hallarme en esta mazmorra del hogar, esclava de todas

las necesidades y prisionera de todos los agobios?...

Al día siguiente, loca, desesperada, sabiendo-me desamparada de todos, envié a la muchacha al Monte de Piedad con mis alhajas. Así pudimos comer durante dos meses.

A las alhajas sucedieron los muebles, que fueron malvendidos. El hogar iba siendo devorado por la hoguera implacable de la necesidad, más voraz cada día. Y, entretanto, él aparecía por casa para llevarse el poco dinero que yo obtenía.

Pero aún faltaba más. Y lo de ayer fué inaudito. Lo recuerdo con tal rabia, que ahora mismo siento que la sangre hierve en mis pulsos, acelerándose con ese ímpetu que debe acometer en la hora del crimen. Hace pocos días, Jorge me hizo firmar un papel; no quise preguntarle lo que era. Mi propia sentencia de muerte hubiera rubricado por él. Ayer me invitó, de nuevo, a que volviera a firmar otro papel; esta vez quise saber de qué se trataba, y no sin resistencia, me lo entregó. Era el documento de un usurero, por el que me comprometía a entregarle seis mil duros el día que yo heredara a papá, con otros compromisos que la indignación y las lágrimas no me consintieron conocer, porque, más caritativas, se opusieron a que acabase de saber el mar de fango en que me hundía.

Rompí el papel y se lo lancé al rostro. Le vi, de pronto, encenderse con el arrebato de la cólera.

—¿Qué has hecho?—gritó—. Necesitaba ese dinero para liquidar, hoy mismo, una deuda de honor.

El único honor que suponía conservar lo negociaba ya con un usurero. Luego, revolvió, enloquecido, la casa. En un cajón encontró el collar de perlas que usó mamá y que yo salvé de todos los naufragios, como si fueran mi propia conciencia y mi propia dignidad las que salvaba. El mismo lo había respetado, porque cada vez que lo tenía en sus manos, parecía surgir la sombra que salía al paso de su ignominia.

Protesté, y me lancé sobre él para detenerlo en su canalada. No lo conseguí. Se desembarazó de mí arrojándose con un gesto violento al suelo. Y allí quedó desvanecida, aniquilada, con terror de pesadilla, hasta que desperté, porque Anita y Jaime lloraban desde sus cunas; tal vez porque en su inconsciencia pesaba ya el fantasma del drama que vivía su madre.

Antonio: yo no continué un minuto más con este hombre. Ni un minuto más. Me iré a la calle, mendigaré, me arrastraré en la miseria y en el lodo de todos los desastres, moriré, si llega el caso; pero sola, sin tenerle cerca, sin sufrir el tormento de verle, sin el terror de que lo tenga a mi lado.

Yo naufrago, Antonio, yo naufrago si tú, mi único consuelo, no acudes a salvar del oprobio y de la muerte a tu desdichada hermana, Irene.

J. A.

(De «Ella»).

**En el álbum de Concha V**

Dicen que en Barcelona, todos los días, andan poniendo bombas los anarquistas y hasta se habla de que tienes la culpa de las que estallan.

Añaden que en tus ojos tal fuego encierras, que enciendes tus miradas las espoletas, que te suponen anarquista incendiaria de corazones.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR



Sombrero para la mañana, chechia en tafetas escocés, adornado con dos plumas en forma de corazón.—Capelina de paja natural, adornada con torzadas de terciopelo rojo.—Tocado para la noche, compuesto de pequeñas flores formando guirnalda, sobre un tul violeta.

FOLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

**EL HADA ALEGRÍA**

—POR—

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(60)

Me contestó con un gesto y callamos.

Bajo nosotros se siente la voz de un pastor que canta una copleja, interrumpida por frecuentes interjecciones, por el tintineo de las esquilas que van sonando unas cabritas, casi microscópicas.

—Mire usted, doctor... Parece un rebaño de Belén... Siempre que vengo a San Blas, veo cabritas en la vertiente.

—En este mismo sitio, ¿verdad? Lo he observado, tanto es así que siempre asocio a este paisaje las consabidas cabras. No pienso nunca en la ermita, sin ver una ladera muy verde y, desparramado por ella, un rebaño muy blanco... Porque también habrá

usted notado que, casi siempre, son blancas...

—Sí.

Callamos. Hay mucho que mirar y miramos ávidamente, como si quisiéramos saciarnos de la augusta belleza de aquel cuadro o como si, en visperas de perderle de vista para siempre, le hiciésemos una muda despedida. Esta idea trae otra a mi cerebro. La de la marcha de Manuel Ardieta, que tal vez sea muy pronto, porque el médico de Fenollar ha regresado a su distrito.

Enfrascada en ese pensamiento, le digo con voz monótona, cual si conmigo misma hablase.

—¿Don Santiago, dicen que ha venido?

—Vino ayer—contesta brevemente.

—Entonces... ¿usted se irá pronto? Tarda un poco en responder y dice algo alterado.

—No lo sé.

—¿No?

—No.

Y como le miro algo perpleja, añade:

—Es usted quien lo ha de decidir.

—¿Qué quiere usted decir, doctor?

—Es usted demasiado lista para no

haber comprendido lo que por usted siento. Y yo sobrado sincero para andarme a mí vez con rodeos en la ocasión presente. Nadie ignora, y usted menos que nadie, que la quiero, hasta tal punto que la declaración de mi cariño resulta casi inútil.

Nerviosa, apenas pude hacer un signo de aquiescencia, porque realmente decía Ardieta la verdad.

—Es cierto que usted no me ha alentado, pero me ha tolerado, y esa bondadosa tolerancia, triunfando de mi timidez, es la que me ha dado impulsos para alentar algunas esperanzas. Ahora, usted dirá si debo marcharme, para no volver más, o si puedo aguardar el tiempo que usted quiera.

No dijo más, pero su acento fué tan apasionado, su mirada tan dulce, tan humilde el tono de su confesión, que me emocionó profundamente y, sobrecogida por aquella impresión extraña, huí de contestar balbuceando.

—No es usted hombre a quien se pueda dar una respuesta ligera; de esas que a nada comprometen, ni al que se deba conceder una afección de las que el tiempo muda y aniquila...

Permítame, pues, algún espacio para reflexionar, para consultar a mi propio corazón y al de las personas a quienes amo.

Me miró con los ojos brillantes y se inclinó gravemente sin responder, en tanto que yo quedaba no sé si disgustada o contenta, pero creo que más lo primero que lo segundo.

—Y, silenciosa y absorta, regresé a Fenollar.

XV

**El libro abierto del corazón**

APROYADAS en la balaustrada de la gran galería, contemplaban ambas el mar. La una, morena y espléndida, con su belleza ardiente de virgen italiana; rubia y menudita la otra como una blanca gatita, solapada y astuta.

Fernando y el Príncipe, apurando las tazas de leche resto del desayuno, las contemplaban reposados y meditativos: El Conde, más fuerte, con mejor cara, aspiraba el ambiente balsámico del pinar que rodeaba el castillo con envidiables opulencias. Los ojos



Vestido de crepe verde. Las mangas se tornan volantes en forma. Cinturón de satén negro, anudado en el costado, con largas cabecitas negras, adornada con hojas verdes.

**PENSAMIENTOS**

«Cuanto más santas, más continentes son las mujeres, tanto más se han con decoro y templanza.»

Fray Marcos

«La mujer no ha de tener muchos hijos, sólo una cosa le han encargado, que es la vida; aquella ha de guardar y defender.»

Fray Luis

«Se engañan muchas mujeres que creen que el casarse no es más que dejar la casa y pasarse a la del marido, y que cuando el marido muere, se arrojan en una ama, son cabales y perfectas mujeres.»

Fray Luis

«En amor, las mujeres pueden más que los hombres.»

La

**LECCIONES DE COCINA**

PARA LAS MANCHAS DE TÉ Y...

Las manchas de té desaparecen con la siguiente y sencilla operación: Se toma la tela manchada en una solución con una taza de agua templada y una onza de borax, luego la parte manchada se lava con agua muy caliente. También es buena para las manchas viejas de té refregadas con glicerina y lavarlas después con agua. Las manchas de café se quitan, al igual que las de té, poniendo la parte manchada en agua tibia y lavarla con agua muy caliente. Después de lavarlas bien, se lavan con agua muy caliente con jabón suave.

Imp. de M. Sintet Rotger - P. Pablo Iglesias